

Camargo, «se recogian con cuidado sus cenizas, se las amasaba con sangre humana, y se hacia con ellas una imágen del muerto que se conservaba en memoria suya.» Camargo nos dice además que se adoraba las imágenes de los muertos.

Hallamos una combinacion de usos de un género algo diferente que marca la transicion. A veces se conservaban las cenizas en un vaso de arcilla al cual se daba la forma humana. El citado autor nos dice que los naturales del Yucatan

«quemaban los cadáveres de los grandes y de las personas de elevada posicion. Colocabanse sus cenizas en grandes urnas sobre las que se levantaban templos... Si eran grandes señores, depositábanse sus cenizas en estatuas huecas de arcilla.»

En otras circunstancias hallamos el culto de las reliquias unido á la figura que representaba al muerto; pero no por inclusion sino por aproximacion. Así, los Mejicanos, segun Gomara,

«cerraban la caja en que estaban guardados los cabellos y los dientes del rey muerto, y ponian encima de esta caja una figura de madera modelada á imágen del difunto y decorada como su persona,» despues «le ofrecian considerables presentes que depositaban en el lugar en que habia sido quemado, así como delante de la caja y de la imágen.»

Finalmente, se puede citar á los Egipcios, quienes, segun el testimonio de sus frescos, adoraban á menudo la momia, no expuesta á las miradas, sino encerrada en una caja modelada y pintada de manera que representase al muerto.

De estos ejemplos de transicion pasemos á aquellos en que los sacrificios fúnebres se hacen á una imágen sustituida á las reliquias.

Los Mejicanos practicaban la cremacion, y cuando no tenian los cuerpos de los guerreros muertos en la batalla, hacian sus simulacros á los que honraban y quemaban, y luego enterraban sus cenizas. Véase lo que dicen Clavigero y Torquemada:

«Cuando un mercader moria en viaje, sus parientes fabricaban una estatua

imperfecta de madera para representarlo, y hacian á esta imágen las honras fúnebres que habrian hecho al verdadero cadáver.»

«Cuando un individuo moria ahogado ó de otra manera que no permitia que se le quemase y que se le hiciesen los funerales de costumbre, se hacia su simulacro, se lo colocaba en el altar de los ídolos y se le ofrecia en abundancia pan y vino.»

En África hállanse prácticas análogas. Mientras se embalsama el cadáver de un rey del Congo, dice Bastian, se erige en el palacio una estatua de madera que lo representa, y diariamente se le lleva de beber y de comer. Parkins refiere que los Abisinios hacen los funerales al tercer dia, y que, habiendo sido enterrado el muerto el dia de su fallecimiento, la estatua que lo representa ocupa su lugar en los funerales. Earl dice que ciertos insulares de raza papira, despues de haber llenado de tierra la fosa, se reunen alrededor de un ídolo y le ofrecen alimentos. Sabemos por Raffles que ciertos Javaneses hacen despues del fallecimiento una fiesta en la que una figura de forma humana, revestida con vestidos del difunto, desempeña un importante papel.

Estas prácticas nos parecen extrañas; pero aun lo es más que tan pronto hayamos olvidado análogas prácticas en uso en las naciones civilizadas. Hé aquí la descripcion de los funerales de Carlos VI, rey de Francia, que copiamos del libro I de las *Chroniques* de Monstrelet:

«Encima del cuerpo estaba un retrato del rey, llevando corona de oro y de piedras preciosas muy ricas, teniendo en sus manos dos escudos, uno de oro y otro de plata; y llevaba en las manos guantes blancos y anillos muy bien guardados de piedras; y estaba esta figura vestida de tisú de oro, etc. En tal estado, como queda dicho, fué llevada con grande reverencia hasta la iglesia de Nuestra Señora de París.»

Las mismas prácticas se observaban para los príncipes. Leemos en las *Memoires* de Mme. de Motteville, á propósito del padre del gran Condé: «Se sirvió á la efigie de este príncipe muerto, por espacio de tres dias, segun la costumbre.» Otras veces ofrecíanse durante cuarenta dias alimentos á la efigie, á sus horas habituales. Monstrelet describe una figura del mismo género de que se usó en los funerales de Enrique V, rey de Inglaterra. Las efigies de varios monarcas ingleses que recibieron los mismos honores en sus funerales, se hallan todavía

en la abadía de Westminster; las más antiguas de ellas se conservan aun hechas pedazos.

Ilustrados con estos ejemplos no debería costarnos trabajo comprender las ideas que primitivamente se unian á estos simulacros. Cuando leemos que en ciertas localidades los negros de Costa de Oro «depositan imágenes de tierra sobre las tumbas;» que los Araucanos ponian sobre una tumba un trozo de madera «groseramente tallado para representar la forma humana;» que despues de la muerte de los jefes de la Nueva Zelanda, se erigia un como monumento de imágenes de madera de veinte á cuarenta piés de alto; no podemos dejar de ver que la imágen que representa al hombre muerto es un comienzo de ídolo. Si aun dudáramos, cederian nuestras dudas cuando viéramos la imágen honrada con un culto permanente. J. de Acosta nos enseña que entre los Peruanos «cada rey tenia mientras vivía... una piedra que lo representaba, llamada guanqui (huanque), esto es, hermano. Se adoraba aquella imágen como al mismo Inca, «en vida como despues de su muerte.» De la misma manera, segun Andagoya, «cuando un jefe moria, su casa, sus mujeres y sus servidores permanecian como mientras vivió, se hacia una estatua de oro á imágen del muerto, se le servia como á un sér vivo, y se le señalaban poblaciones para proveer á su vestido y á sus demás necesidades.» De la misma manera Cogolludo nos atestigua que los naturales del Yucatan adoraban el ídolo de un personaje que, se decia, habia sido un ilustre capitán.

Para comprender mejor los sentimientos con que mira un salvaje una figura que representa á un hombre, recordemos los sentimientos análogos que representaciones del mismo género producen en nosotros.

Cuando un amante besa el retrato de su amada, es evidente que está bajo la influencia de una asociacion entre la imágen y la realidad. A veces tambien, las asociaciones de esta clase obran más enérgicamente. Una señorita conocida confiesa que no puede dormir en una habitacion en la que haya retratos colgados de las paredes, y nada iguala á la repugnancia que entonces experimenta. En vano sabe muy bien que los retratos no se componen más que de pintura y de tela: este conocimiento no logra ahuyentar la idea de que hay otra cosa además en el retrato. La vivacidad de la representacion despierta tan fuertemente la idea de una persona viva, que ésta no podría ser borrada de la conciencia.

Supongamos ahora un estado de sociedad en el que la cultura del espíritu no exista; supongamos que no se tiene ninguna idea de atributo, de ley, de

causa, como distincion entre lo natural y lo no natural, lo posible y lo imposible. La percepcion de una persona presente, debida á la asociacion, persistirá. Como no se producirá ningun conflicto con un conocimiento recibido, la suggestion, no hallando obstáculo, se convertirá en creencia.

Hemos aludido á creencias que existen entre los salvajes y que tienen este origen. Hé aquí aun otros ejemplos. Kane refiere que los Chinuks creen que los retratos son seres sobrenaturales, y los tratan con la misma consideracion que á las personas muertas. Segun Bancroft, los Okanagans ven hacer sus retratos «con la misma repugnancia que los habitantes de Costa de Oro.» Nos dice Catlin, que los Mandans creian que la vida puesta en un cuadro no era ni más ni menos que la vida pintada al original.

«Me llamaban, dice, el mayor hechicero del mundo, porque decian que yo habia hecho *cosas vivas*, que podian ver á sus jefes vivos en dos lugares diferentes, que los que yo habia hecho *vivian algo*; que podian ver como sus ojos se movian.»

Las razas más adelantadas no dejan de ofrecernos hechos análogos. A propósito de los Malgaches, Ellis certifica que los amigos del príncipe, viendo una de sus fotografías, se quitaron sus sombreros y lo saludaron dirigiéndole algunas palabras.

Lo que es verdad tratándose de una representacion por medio de la pintura lo es tambien de una representacion por escultura, aun es más natural, puesto que la representacion por escultura, por ser sólida, se aproxima más á la realidad. Cuando la imagen está pintada y tiene ojos encajados, la idea de que participa de la vitalidad del original llega á ser fortísima en el espíritu sin crítica del salvaje. El que recuerde el horror que experimenta un niño cuando vé á una persona mayor ponerse una careta horrenda, aun despues de haber visto la máscara, puede formarse idea del terror que una efigie grosera excita en un espíritu primitivo. La figura esculpida del hombre muerto despierta la idea del verdadero hombre muerto, idea que se convierte en certidumbre de su presencia.

¿Y por qué no estará presente? Si el otro yo puede abandonar el cuerpo vivo y volver á él, si el espíritu vuelve y anima nuevamente el cuerpo muerto, si el Peruano embalsado, que va á resucitar el sér errante que le dobla, necesitaba sus cabellos y sus uñas cuidadosamente conservadas; si el alma del Egip-

cio, despues de sus transmigraciones que ocupan algunos millares de años, habia de introducirse aun otra vez en su momia; ¿por qué un espíritu no iría á una imagen? Un cuerpo vivo difiere más de una momia por su testura que ésta de una imagen de madera.

Abundan las pruebas de que el salvaje cree habitado el simulacro. Lander, describiendo las costumbres de los Yorubans, dice que una madre lleva algun tiempo una imagen de madera de su hijo muerto, y que cuando come acerca con los labios á esta imagen parte de sus alimentos. Los Samoyedos, segun Bastian, «alimentan las imágenes de madera de los muertos.» A la muerte de un Ostiak, sus parientes

«hacen una imagen de madera representando al muerto, y para honrarla la colocan en el patio, donde recibe los honores divinos por tiempo más ó menos largo á gusto de los sacerdotes... En cada comida los parientes llevan alimentos á la imagen, y si ésta representa un marido fallecido, la viuda la abraza de vez en cuando... Esta especie de culto á los muertos dura unos tres años, al cabo de los que se entierra la imagen.»

Erman, que nos refiere este hecho, agrega otro de grande significacion: los descendientes de los sacerdotes conservan las imágenes de sus antepasados de generacion en generacion;

«y en medio de oráculos adecuados y de otros artificios, se disponen á ofrecer á sus penates ofrendas tan ricas como las que se llevan á los altares de los dioses universalmente reconocidos. Pero estos últimos tienen tambien un pasado histórico: fueron en un principio monumentos levantados á hombres distinguidos, á los cuales el tiempo y el interés de los Chamans han dado gradualmente una significacion y una importancia arbitraria: esto me parece fuera de duda.»

Estos Ostiaks en verdad nos muestran hasta la evidencia como el culto de la efigie del hombre muerto se transforma en un culto del ídolo divino; entre estos dos cultos hay identidad. En cada comida ponen delante del dios doméstico manjares, y se espera á que «el ídolo, que come de una manera invisible, tenga bastante.» Además, Bastian nos dice que cuando un Samoyedo va de viaje, «sus parientes vuelven el ídolo hácia el punto á que ha ido para que pueda verle.» El siguiente relato de Erman sobre los Rusos de Yorkontsk nos hace